

Los mejores relatos de FRANK NORRIS

Traducción de Ramón de España

gatopardo ediciones 

Título original: *The best short stories of Frank Norris*

© de la traducción: Ramón de España, 2016

© de esta edición, 2016:

Gatopardo ediciones

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo de 2016

Diseño de la colección y de la cubierta:

Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

Retrato de Frank Norris de Ernest Peixotto

ISBN: 978-84-944263-8-4

Depósito legal: B-29364-2015

Impresión: Reinbook Impres, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DE LA EDITORA

Considerado uno de los mayores representantes del naturalismo americano, a Frank Norris se le conoce por sus novelas más que por sus relatos, algunos de ellos extraordinarios, y sin duda alguna habría tenido una influencia mayor como cuentista si su carrera no se hubiese visto truncada a una edad tan temprana.

Si bien algunas de sus novelas las escribió para satisfacer el gusto épico y populachero de la Norteamérica de finales del siglo XIX, no ocurre lo mismo con sus relatos, donde Norris se tomó mayores libertades en cuanto a la trama y el estilo. En ellos nos habla de las fuerzas y poderes modernos, de la corrupción, los monopolios y los ferrocarriles que, mediante sus técnicas industriales, perjudicaban a los granjeros. O de la gente de las llanuras, atrapada en sus soledades y miserias, de los procesos naturales de la tierra, la siembra, la cosecha de trigo, la propia naturaleza. O del mundo de los explotadores y los explotados, sujetos por igual a un proceso interminable y sin fin. O de

boxeadores, artistas y escritores. O de historias del Oeste americano, muchas de ellas ambientadas en la región minera de las sierras de California, donde Norris nos muestra su vena más cómica, aunque sin dejar de recurrir al western con intenciones más serias y dramáticas.

Sus cuentos son fragmentos, escenas, pedazos de vida, episodios del destino y el azar, y sus finales, abruptos, imprevisibles y, muchas veces, desconcertantes. Si todos ellos apuntan a engrandecer el naturalismo americano, al mismo tiempo son también una advertencia de que el mundo estaba cambiando.

Norris es un gran narrador, no cabe duda, un maestro a la hora de crear tipologías y plasmar lenguajes distintos, un contador de historias que contribuyó indiscutiblemente a la transformación de la narrativa norteamericana de finales del siglo XIX.

EL JUGLAR DE TAILLEBOIS

Ahora que habían pasado el ímpetu y la exaltación del primer ataque, Amelot se percató de que no había acertado con la debida precisión y que su espada, al apartar rápidamente Yéres la cabeza para esquivarla, sólo había logrado alcanzar y hendir la base del cuello, detrás de la clavícula; si bien con eso ya bastó. El tajo, pese a no ser muy preciso, había sido decisivo. Y Amelot observaba con satisfacción que la raja en el cuello de Yéres era lo bastante profunda como para que se escapara por ahí la vida de cualquier hombre.

Era sólo cuestión de tiempo, de modo que se apartó para evitar las terribles convulsiones y espasmos de Yéres, y optó por esperar. Nunca había matado a un hombre, por lo que ver cómo uno agonizaba de muerte violenta constituía una escena nueva y sorprendente. La observaba con gran curiosidad. Cuando siendo un niño le pusieron la primera daga en las manos, su primera reacción fue matar al gato de la esposa del senescal de su padre. La muerte no había sido instantánea: el animal aulló y se retorció durante cerca de media hora. Lo recordaba ahora al ver cómo Yéres se agitaba y se retorció en el suelo, a sus pies,

primero boca abajo, luego boca arriba, después a cuatro patas, restregando estúpidamente la cabeza contra las raíces del árbol. La sangre le cubría las ropas y el rostro, las hojas muertas se le adherían a las húmedas mejillas y el polvo del terreno se convertía en barro rojizo debido al rápido e incesante abrir y cerrar de sus dedos. No emitía ningún grito, pero tenía la lengua fuera y la mirada fija y expectante.

Amelot nunca supo cuál fue el momento exacto de la muerte. Los espasmos y torsiones se espaciaron cada vez más, y, tras una pausa más larga de lo habitual, llegó a la conclusión de que se hallaba ante una vida extinta, si bien con tal de cerciorarse de su muerte apuñaló el cuerpo con su misericordia¹ para asegurarse por partida doble, y lo apuñaló de una manera particularmente suya: determinó no asestarle ninguna cuchillada al cadáver —no fuese que un golpe apresurado le impidiese acertar con pericia—, sino que calculó con mucho tino dónde se hallaba el corazón, colocó la punta del puñal justo encima y apoyó su peso en la empuñadura; la carne cedió para luego abrirse súbitamente, la hoja se hundió hasta el mango y Amelot se incorporó con la certeza de que su enemigo estaba muerto sin el menor resquicio de duda.

En aquel momento lo primero que le vino a la mente fue cómo ocultar el cuerpo. Miró a su alrededor. Se hallaba en el corazón de uno de aquellos Nuevos Bosques que su muy temido señor, *Wilhelmus Conquestor, Dei Gratiae*

1. Puñal que solían utilizar los caballeros en la Edad Media para asestarle un misericordioso golpe de gracia al enemigo. (*N. del T.*)

Rex Anglicorum —siguiendo los pasos de su ascendencia normanda—, estaba sembrando por toda la Inglaterra conquistada. El crecimiento de los grandes robles, pinos y sicomoros era demasiado lento para la paciencia y el placer reales, así que los encargados de la expansión forestal habían recibido órdenes de arrancar árboles de gran tamaño de otras partes de la isla con el fin de trasplantarlos en aquellos predios seleccionados como coto de caza para el rey. No lejos de donde se hallaba Amelot, yacía uno de aquellos árboles, un imponente pino negro, sobre un carretón con el que los guardabosques lo habían arrastrado hasta allí, y debido a lo tarde que era y a la dificultad de ponerlo en pie, se decidió posponer dicha tarea para el día siguiente. Junto a sus raíces, que como enormes tentáculos se retorcían indefensas en el aire, habían excavado el hoyo circular que debía alojarlas. Era un pozo. A ojos de Amelot, una tumba..., una tumba para Yéres. Bajo aquel tronco gigantesco, ¿qué posibilidad tenía el cadáver de ser descubierto? Nunca hubo una sepultura más protegida ni un monumento más seguro e inmutable.

Los picos y las palas de los siervos yacían sobre los montículos de tierra extraída. Amelot se introdujo en el hoyo y con aquellos aperos cavó hasta alcanzar una profundidad de dos o tres metros más. «Un pozo dentro de otro —se dijo sonriendo—, un secreto oculto en el interior de otro.»

Cuando hubo excavado lo que consideró que era suficiente, envolvió el cuerpo de Yéres en su *chappe* y lo introdujo en el agujero, boca abajo, pero la vida no le había abandonado aún del todo: una de esas raras sacudidas se

apoderó del cuerpo, un sonido ahogado se escapó de entre los pliegues del *chaperon*, donde el rostro se hincaba en la tierra. Todo aquel fardo se retorció hasta darse media vuelta y quedarse boca arriba, el embozo dejó la boca al descubierto y, como si le aterrorizase el primer contacto con esa gran madre que lo reclamaba, un grito de terror atravesó sus labios negros y sus apretados dientes. Con un movimiento tan rápido como el impulso que lo había originado, Amelot le tapó la boca con el pie y levantó la vista hacia el siniestro paisaje de troncos del bosque mientras obligaba a sus oídos a captar cualquier posible suspiro o grito de ayuda; pero el grito no obtuvo respuesta, y Amelot pudo concluir el entierro sin problemas. Aplanó la tierra que cubría la nueva tumba, apiló y quemó las hojas cuyo color rojo no se debía al otoño, echó una mirada a su alrededor y, de pronto, asaltado por un terror repentino, huyó de allí corriendo, presa del pánico.

Al día siguiente, los siervos de Taillebois plantaron el Pino Negro en la posición prevista, donde creció y floreció a lo largo de quince años.